

Por cuanto las sílabas (como tales y mientras no se les atribuya valor significativo é individualidad superior de palabra), no son medios usuales de lenguaje, y las unidades asilábicas, ni aun son sílabas, podemos decir que tales unidades lingüísticas no existen *filológicamente*, en la naturaleza, y son una *abstracción*, resultado del análisis hecho de la palabra, que es la forma natural del habla humana. Históricamente, pues, las sílabas y demás unidades *artificiales*, son siempre posteriores al lenguaje, y de data más reciente. En las unidades *naturales* (palabra y frase) es la frase anterior á la palabra en cuanto, aún suponiendo que el lenguaje comenzare por la palabra, ésta debe incluir todo el valor virtual de una *proposición*, y por lo mismo de una frase. El punto de partida ideológicamente es la frase, aunque fonética y materialmente pudiera ser la palabra, supuesto el origen evolutivo natural del lenguaje.

Según se deduce de lo dicho, un sonido vocal puede ser independiente de las consonantes, pero no se verifica la reciproca respecto de toda consonante para con las vocales. De donde resulta que desde este punto de vista, prescindiendo de otros, la división de sonidos en vocales y consonantes no tiene existencia real, y es efecto del análisis. Pudiera haber acontecido que originariamente las vocales fuesen inseparables de las consonantes, desgajadas de éstas por sucesiva transformación y fuerza analítica, para tener vida propia, fuera del consonantismo (1). Pero, sea de esto lo que quiera, y puedan ó no hallarse razones fisiológicas para distinguir vocales y consonan-

(1) Varios son los sistemas excogitados para reducir á unidad científica las dos clases de sonidos orales (dichos *vocales* y *consonantes*), sin que se haya llegado á acuerdo definitivo sobre este punto, que para la Ciencia del Lenguaje es de carácter secundario. Y desde luego Brücke (*Grundzüge d. Physiologie und Syst. d. Sprachlaute*) se declara por la necesaria distinción de los dos órdenes de sonidos, y no duda afirmar que "no se hace bien en distribuir como las consonantes, las vocales según lugares diversos de su articulación, porque la formación de éstas depende de principios del todo diversos." Según Brücke sólo porque *i* y *u* son las vocales menos perfectas y extremas, señalan los confines del consonantismo, pero más para indicar el punto de separación de las vocales, que no para relacionarlas con las consonantes. Sievers (*Grundzüge d. Phonetik*)

tes, bástanos al objeto lo que dejamos establecido sobre la subsistencia é insubsistencia de unos y otros sonidos, y la necesidad con que las consonantes estrictamente dichas, reclaman para serlo la manifestación histórica de las lenguas, la intervención de un sonido idéntico á los llamados vocales. Pero ya que desde este punto de vista filológico neguemos la distinción real entre vocales y consonantes, creemos que esta puede sostenerse en otros varios sentidos: en sentido fisico-acústico, para indicar diferencia entre *sonido* y *ruído* (éste representado por las consonantes, si se prescinde de la vocal que las acompaña al pronunciarlas); en sentido fisiológico-genético, para distinguir exteriormente articulaciones que reclaman una ú otra posición del aparato de fonación: las vocales propiamente

enlaza las líquidas y nasales con las vocales, por la forma vocálica que aquellas pueden tener, y porque fisiológicamente son de análoga condición sonora. Merkel en su *Antropofónica*, fija tres puntos en los cuales comienza y termina todo el vocalismo en el mismo círculo del consonantismo. "Son estos *H*, *G* suave y *W*. En *H* comienza el vocalismo por *A*, en *G* casa con *Y*, en *W* se cierra con *U*. Entre estos tres sonidos se halla todo vocalismo posible." La teoría de Merkel viene á reducirse á la de Brücke en sus líneas generales, con sólo haber colocado el *A* en los confines de las consonantes, cuando éste con menos lógica, se limitaba á la *i* y á la *u*. Pero prescindiendo de que fisiológicamente no se sostiene el proceso fonético intentado, es del todo gratuito hacer dichas tres vocales principio de consonantes, con exclusión de cualquier otra. Thausing no reconoce entre vocales y consonantes más que una diferencia *cuantitativa*; así, hace extensiva á todos los dichos sonidos la representación triangular ó piramidal, harto conocida, que suele servir ordinariamente para designar las vocales, figurando en primer término y como sonido fundamental el *A*, que es, según él, la más vocal de las voces (*der lauteste Laute*). Dentro del triángulo aludido hace aparecer Thausing las consonantes como continuación de las vocales, de una manera que si puede decirse ingeniosa, no es fonéticamente estable, y menos fundada aun fisiológicamente. Merkel ha calificado de clasificación *mágica* esta doctrina que por su parte Merlo (*Saggi Glottol.*) ha impugnado. Poco después del *Sistema natural* de Thausing, reproducía Whitney *Sobre las relaciones de vocales y consonantes*, los mismos principios, acaso sin tener conocimiento de que ya habían sido propuestos, y presentaba un esquema que, con pocas variantes, es igual al del fonetista de que acabamos de hablar. El mismo plan, y colocando á *A* "como punto de partida de todo sistema alfabético," aparece indicado por Witney en su *Vida*

te dichas, ó sonantes vocales, están representadas por un *maximum* de abertura fonética; las consonantes propiamente dichas, ó sonantes consonantes, por el *minimum* de la misma; y en sentido gramatical, para señalar las voces principales en la sílaba (vocales), diferenciándola de las secundarias (consonantes).

Conviene advertir que la Ciencia del Lenguaje, la cual directamente se ocupa de las unidades naturales (palabras, frases), utiliza las unidades artificiales (fonemas silábicos y asilábicos) en cuanto medio del mejor y más perfecto conocimiento de aquellas. El estudio anatómico, fisiológico y fisiológico-acústico del lenguaje se ejercita, por el contrario, de una manera directa en las unidades filológicamente artificial como término propio de su objeto (1).

del Lenguaje. Uno y otro sistema colocan el *vocalismo* como grupo central, en medio de tres corrientes de consonantes, las cuales van alejándose cada vez más entre sí, de forma que la cavidad oral exigida por el *A*, que es el centro de las vocales, va estrechándose gradualmente en las consonantes de cada uno de los tres grupos. Procedimiento que, á más de otros reparos, tiene el grave inconveniente de presentar sumamente alejados fonéticamente, sonidos que en el orden histórico de los idiomas aparecen sustituyéndose, y son con frecuencia reemplazados al hablar; lo cual es indicio de que la teoría no es en este caso expresión de la realidad.

La teoría de Techmer, cuyo fundamento está en la contraposición de articulaciones que exigen la boca cerrada ó abierta, con los términos medios para relacionar consonantes y vocales, no ofrece solución alguna, ni parece haya tenido seguidores.

(1) Es muy de tener en cuenta la diferencia entre la Ciencia del Lenguaje y los mencionados estudios técnicos, á fin de no identificar procedimientos, ni hacer aplicaciones menos convenientes. Una misma pintura, por ejemplo, puede ser objeto de examen para el anticuario, para el historiador, para el químico, para el anatómico... hasta para el mercader, sin que las conclusiones de unos y otros lleguen á concordar con la idea del artista ni la noción técnica del cuadro, y sin que las descripciones que cada cual hace del mismo, encaminadas al fin peculiar, se asemejen jamás. Tal sucede en muchos casos, y así acontece en la descripción de los elementos del lenguaje. La *sílaba*, v. gr., puede considerarse fisiológicamente, fonéticamente, como elemento sonoro, etc., y en estos y otros sentidos se han dado varias definiciones, que si pueden ser admitidas desde un determinado y convencional punto de vista, son del todo inconvenientes cuando se intenta hacer una aplicación general de aquel pecu-

Estudiados los fonemas en movimiento que constituyen lo que pudiéramos denominar *Fonética dinámica*, tenemos: 1.º, la clasificación de los fonemas en *perfectos*, *imperfectos*, fonemas de *transición* y de *combinación*. Pertenecen á los primeros las sílabas, palabras, etc., cuya *articulación* se hace en el lenguaje de una manera completa; corresponden á los segundos las que por exigencia del idioma reclaman *articulación* deficiente, lo cual sucede generalmente ó por la posición especial de los órganos de la voz para la pronunciación en muchos idiomas, ó

liar aspecto que ha querido dársele, y que no constituye, sino que presupone la noción real y objetiva (según su naturaleza gramatical) como las apreciaciones de carácter subjetivo sobre la pintura antes dicha, no hacen, sino que suponen una noción objetiva del cuadro á que se refieren. En este sentido nos parecen igualmente inaceptables las definiciones de *sílaba* que se reducen á describir su producción fisiológica, que las que acomodan el concepto de aquella á los efectos acústicos y á los puramente musicales. Atendiendo al primer aspecto encontramos definiciones como la de Meillet (*Introd. a l' étude comp.*, etc.): "la syllabe est la tranche comprise entre deux minima d' ouverture," que tiene sus análogas en las múltiples nociones tradicionales dadas por los gramáticos desde la del "ayuntamiento de letras en una herida de voz" de Nebrija, que es de origen clásico, hasta las más modernas y corrientes que la traducen por el conjunto de vocales y consonantes reunidas *en una sola emisión de voz*. La tendencia acústico-harmónica iniciada en el fonetismo con carácter gramatical por Sievers, Passy, etc., refléjase al definir éstos la sílaba con relación á intermitencias de sonidos, ya por una disminución de intensidad, ya por interrupción de corriente sonora; concepto un tanto generalizado, y que sirve de base á otras definiciones como la que R. Robles nos ofrece mejor sistematizada, en su excelente *Ensayo de Fonética*: "Las sílabas son divisiones fonéticas del lenguaje, fundadas en los periodos de intensidad rítmica con que se emiten los sonidos orales en el discurso." Distan no poco estos conceptos de corresponder á la realidad lingüística de la sílaba, siquiera sean utilizables desde el punto de vista *estético* y con el fin rítmico que se persigue. La noción de canto, y el aspecto musical de los sonidos no constituyen en verdad la noción de la palabra, como dejamos sentado arriba; pueden aparecer como atributos suyos, y así habrán simplemente de darle su colorido; son "la poesía del sonido vocal," y nadie podrá decir con exactitud que la poesía sea la esencia en la palabra, como el colorido en un mosaico ó en una pintura no es la esencia de la representación reproducida, de suerte que hayamos de definir el objeto representado por los colores con que se nos ofrece. La noción de sílaba sigue la noción de

por la rapidez de la fonación que no tolera el tiempo conveniente á la pronunciación regular. Esto que se advierte en la mayor parte de las lenguas vivas, influye poderosamente en la transformación de los sonidos y en las variantes fonéticas dentro de una misma familia de lenguas. Son fonemas de *transición* aquellos sonidos incompletos que nos sirven de paso gradual en la pronunciación de un fonema á otro distinto más ó menos distanciado del primero en su articulación. Lo mismo

palabra en su sentido *adecuado*, como deducción analítica de ella, y por lo mismo no puede *adecuadamente* definirse sino con relación á la misma, según lo hemos hecho más arriba. La sílaba es ante todo elemento *gramatical*, y por su origen, por su historia entre los gramáticos, y hasta por su etimología, está tan lejos de admitir como propia la acepción *musical* de los modernos fonetistas, como dista ésta de tener valor ni significación filológico en la realidad histórica de las lenguas. De aquí que es fuerza renuncien dichos escritores al estudio silábico de las lenguas muertas, cuyo *rítmico* se desconoce, prescindan del uso filológico del silabismo en las investigaciones lingüísticas y contradigan sus procedimientos legítimos. De ahí que llevados por la lógica de sus peculiares principios, se vean precisados á seguir caminos poco conducentes á la exploración de la realidad lingüística, como el de contar las sílabas por un orden que forzosamente ha de resultar imperfecto y en muchos casos invertido, al comenzar su distribución, no por el primer elemento fonético de la palabra, cual correspondiera, sino por el elemento más sonoro; y por lo mismo por las vocales si anteceden consonantes, las cuales se desestiman como inconducentes para la sílaba, mutilando de esta manera la palabra en sus componentes, así en cuanto se le aíslan dichos primeros factores consonantes, como en cuanto se crean dentro de la palabra unidades silábicas que por sí mismas son incompatibles con la natural integridad de aquella, y la destruyen, cuando por otra parte se pretende que de tales sílabas resulte el *todo* de las palabras. En *nosotros*, por ejemplo, la primera sílaba filológicamente principia por la *n*; pero *rítmicamente* se quiere que comience por la *o* primera, y comprenda hasta la *o* segunda, que es á su vez principio de otra sílaba, etc., dejándose la *n* inicial como residuo de una sílaba anterior *hipotética*. Con esto evidentemente se falsea la noción de sílaba, se quebranta la de la palabra, atribuyéndole entidades hipotéticas que jamás la han constituido, y se separa como *residuo inútil* tal vez el elemento más importante etimológicamente en la palabra, como de hecho acontece con la *n* de *nosotros* en el ejemplo elegido, que es el distintivo marcadísimo de la palabra dicha en las lenguas arias, semíticas y uralo-altaicas, prescindiendo de otras, y encierra la razón filológica del vocablo.

acontece cuando se reúnen varias consonantes, singularmente siendo de distinto orden, p. ej., *tr, ts; pk, kt, tk, tp*, etc., en cuya pronunciación interviene el sonido medio que llamamos de transición. El *espíritu* de los griegos al principio de sílaba, el *hamza* de los árabes, etc., representan el fonema de transición en una de sus múltiples formas; y la vocalización hebraica tiene, como es sabido, signos para representar dichos sonidos intermedios en su sistema de vocales *mínimas* ó *schevas*, que expresan gráficamente la vocal de *transición* pronunciada por nosotros al decir *grupo, grande*, etc. entre la *g* y la *r*, como los indios la suponen en la formación de los denominados *nexos sánscritos*. Estos fonemas de transición tienen importancia cuando se trata de examinar el origen histórico de las llamadas vocales, como diremos.

En los fonemas de *combinación* se hace la reducción de varios. Así como puede hacerse el tránsito de un fonema á otro, ó la pronunciación de un fonema aislado mediante la vocal de transición antes dicha, puede intentarse la transición sin intermedio, resultando así la combinación. Con el fonema de *transición* cada uno de los fonemas pronunciados conserva su autonomía; con el de *combinación* la pierden. De dos modos puede hacerse la *combinación*, ó reduciéndose un fonema al otro de suerte que sean pronunciados por una sola emisión de voz, ó reuniéndose de tal manera que den origen á un tercer fonema distinto de los primeros. Y esto es aplicable lo mismo á las dichas vocales entre sí, como á las consonantes, con la diferencia de que las primeras pueden formar diptongos, lo que no sucede á las segundas. Pueden también las vocales entre sí combinadas dar lugar á que una de ellas se convierta en semivocal; así *ai, au*, pueden convertirse en *ay, aw*, etc.; y por una especie de reacción de la semivocal sobre la vocal precedente, suele darse la transformación de ambas en una tercera vocal, p. ej., *ay* convertido en *e*, y *aw* en *o*, etc.

En la combinación de vocal y consonante, dándose igualmente diversos grados. Un primer grado en que la vocal se hace semivocal para la fusión de su sonido con el de la consonante; así para reducir la vocal *a* á un solo sonido con *k*, se convierte en *h*: *kh, th, ph*, etc.; *i* en *y*: *ty, py, fy*, etc.; *u* en *w*: *kw, tw*, etc. Un segundo grado en que la semivocal reaccio-

nando sobre la consonante, ocasiona la transformación de ambas en un tercer fonema *kh* resulta *χ*, *j* española (1); *th*, *z*; *ph*, *f*, etc.; y de una manera análoga, aunque no idéntica, es la reacción de las demás vocales. Un tercer grado de *reversión*, en que reaparece la forma anterior; así *χ* gr. se transforma en *h*, *f* en *h*, etc.

Dicho se está que estos fenómenos no obedecen á leyes inmutables, ni fisiológicas ni psíquicas, y ofrecen por lo mismo más ó menos variedades; pero la tendencia propia de los sonidos en las formas generales de sus combinaciones, que es lo que nos propusimos indicar, siguen los caminos antes señalados.

Cuáles sean las *causas de alteración* de los fonemas en el movimiento glotológico, ha de determinarse por las causas que influyen en los cambios de los idiomas, pues ellas son las que alterando las voces reflejan su acción en el conjunto de cada lengua. En principio general pueden reducirse á las siguientes: 1.º *Acción y reacción de fonemas que se encuentran*. 2.º *Acción y reacción á distancia, ó de fonemas que no se encuentran entre sí*. 3.º *Acción y reacción del medio sobre los fonemas*. 4.º *Acción perturbadora ó reguladora de la voluntad*. 5.º *Mutación de base glotológica en un lenguaje*.

En la primera de dichas causas compréndense la *asimila-*

(1) La *j* española, que singulariza nuestro idioma entre los demás neolatinos, es de origen controvertible. Se ha creído derivación gótica, pero en gótico no existen aspiradas propias, y por otra parte, de ser así hubiera aparecido la *j* mucho antes que se encuentra en castellano. Tampoco aparece muy claro que sea debida á los árabes, como se afirma, porque la aspiración árabe se tradujo por *f*, y sólo después de la dominación árabe aparece la *j*. Por otra parte, como advierte Diez (*Grammatik der romanisch. Sprach.* t. I) siguiendo á Delius, es poco verosímil que en castellano introdujesen los árabes tal innovación, y no en otras regiones por ellos ocupadas, como por ejemplo, en Portugal. Este razonamiento, sin embargo, dista de ser concluyente, pues la *asimilación* lingüística apenas sigue nunca las mismas proporciones dentro del mismo medio. No han faltado quienes, como Campión (*Gramática de los cuatro dial. lit. de la leng. euskara*) suponen la *j* castellana de procedencia vasconce, mientras otros anteriores, como Larramendi y Lardizabal, la creen importada al vasconce por la influencia de Castilla, lo cual es mucho más probable.

ción y la *disimilación* fonéticas, que son ocasionadas por el encuentro próximo de sonidos iguales, equivalentes, ó muy desiguales, según es de ver en muchas palabras y en no pocas desinencias. En la segunda entran principalmente la *analogía* y su opuesto, lo que diremos el *diacritismo*; ambos obrando á distancia, por decirlo así, sobre voces diversas para producirse la asimilación fonética y morfológica mediante la analogía, ó la diferenciación conveniente de dos sonidos iguales mediante el diacritismo. Lo que son la *asimilación* y la *disimilación* dentro de una palabra, son la *analogía* y el *diacritismo* en las múltiples palabras de un idioma. Fenómenos ambos de aplicación considerable en el lenguaje, si bien no igual en todas las lenguas.

En la tercera de las causas mencionadas inclúyese la acción de la *raza*, del *lugar* y de la *época* sobre las palabras, que constituyen el *medio* en que se desarrolla una lengua, y cuyo influjo se evidencia con sólo echar una mirada á la historia de un idioma, verlo así en sus diversas *edades* y á través de las varias *regiones* y *pueblos* á donde se extienda ó haya extendido su dominio. A más del efecto general de *alteración* á que aludimos, pueden señalarse aquí como efectos característicos, el *bilingüismo* y el *lenguaje mixto*. El primero es la doble manera simultánea de expresarse en dos formas diversas de una lengua, ó por una forma ordinaria y dialectal en un tiempo y sociedad dadas, con lo cual guarda analogía el hecho observado en varias lenguas americanas de hablar los hombres de una manera diversa de las mujeres, ó sea con vocabulario privativo para gran parte de las denominaciones, aunque conservando otras muchas denominaciones comunes. El lenguaje mixto, que algunos creen una *idealidad*, es tan real como la existencia de las lenguas (especialmente de dialectos) que tienen la gramática de una lengua y el vocabulario de otra; el inglés mismo puede servir aquí de ejemplo, pues no sólo su vocabulario es medio germánico y medio francés, sino que su gramática es en morfología del tipo teutónico, mientras su sintaxis analítica pertenece al tipo neolatino.

La cuarta de las causas enumeradas se extiende: 1.º, á la introducción de términos nuevos en un idioma; 2.º, á la admisión de voces extrañas é ingerencias de otras lenguas; 3.º, al

desuso y descrédito social de unas palabras respecto de otras; 4.º, á la acción reguladora de las intervenciones académicas y del ascendiente de las formas usuales de una literatura en un tiempo dado.

Finalmente, la mutación de *base glotológica*, que es la alteración de la forma habitual de movimientos orales peculiar de cada idioma, tiene su principal expresión en el *acento*, tomando esta palabra en la acepción que le corresponde. Porque en la realidad lingüística, y hablando con exactitud, el acento comprende así todo cuanto pertenece á la tonalidad en sus múltiples variedades, como todo lo que se refiera á la *cantidad*, dentro del conjunto de la palabra. El acento es *la razón de la suma orgánica que representa la entidad fonética al ser articulada*. Esta suma resulta de varios factores combinados, indispensables en toda palabra, que dan el organismo fonético aludido: el grado de altura, ó acento tónico; el grado de tiempo, ó cantidad en la duración; y, finalmente, el grado y acento de intensidad, sin contar las variedades secundarias de la acentuación. La reunión de estos factores, que analíticamente separamos en las palabras donde se hallan como fundidos entre sí, constituye la razón *fisionómica* de las voces de una lengua, y hace lo que, tomando la *parte por el todo*, los griegos llamaron $\pi\rho\sigma\phi\acute{\alpha}\nu\alpha$ = *accentus* (ad cantum), la *ordenación y distribución* de la masa fonética y su valor *prosódico*, dando á este vocablo la equivalencia general que hoy tiene, y que igualmente le corresponde al *acento*, que es simple traducción de aquella palabra. La historia misma de los términos *prosodia* y *acento*, por la cual aparece el vario uso de dichas palabras desde muy antiguo, confirma lo que venimos diciendo de la amplitud significativa que realmente corresponde á la acentuación.

Los múltiples elementos indicados del acento hállanse, y no pueden menos de hallarse en todas las lenguas, si bien se hace sentir la preponderancia de uno ú otro, según el genio y tipo de los idiomas. De aquí que hubiera de contraponerse el acento, *tono*, á la cantidad, cual si uno y otro elemento fuesen aislables en la palabra, y aplicado luego el nombre de acento por antonomasia en aquel sentido, la cantidad vino á considerarse como *algo que no era el acento*, tanto más, cuanto que acentuación y cantidad parecían disputarse el dominio de las

lenguas. Pero esto que explica el origen de la falsa acepción y equivocado concepto del *acento*, no justifica la idea y noción que sobre tales fundamentos se nos presenta tradicionalmente. La cantidad es uno de los elementos del *acento*, y los factores antes señalados, con las variantes de los mismos, son los que dan el tipo de la palabra y fijan su *base* y *altura*, y la hacen *organismo* apto para la expresión de la inteligencia. Sólo en este sentido se realiza lo que ya decía Diomedes: *accentus est velut anima vocis*. El problema, pues, del carácter de la acentuación antigua sobre su naturaleza en griego, latín, etc., reduce así á determinar cuál de los varios constitutivos del acento llevó la preferencia en una lengua y en un tiempo dados; y por cuanto todos los factores del *acento* le son esenciales, y comunes por eso mismo en todo tiempo á toda lengua, jamás las diferencias desde este punto de vista pueden dejar de ser y de denominarse *accidentales* y secundarias.

Siendo, pues, el acento en su acepción adecuada elemento de todo fonema, y estando subordinados los fonemas á las leyes generales que han seguido los idiomas en su formación, el conocimiento perfecto de la evolución y cambios en el acento, depende del conocimiento de la evolución del lenguaje en su primera constitución absoluta, ó relativa, por lo menos, dentro de cada familia, y del modo cómo se ha hecho la fusión en la palabra de elementos originariamente independientes que después de perder su autonomía quedaron subordinados al influjo fonético común en el conjunto. La poca seguridad sobre la acentuación primitiva aria, y sobre los diversos fenómenos de ella no bien definidos ni eslabonados entre sí, mientras en parte es debida á un concepto incompleto del acento, contrapuesto á la cantidad tradicionalmente, depende en especial de la obscuridad sobre los primeros constitutivos lingüísticos de la familia.

Sin que hayamos de entrar aquí en disquisiciones sobre las alternativas de la acentuación y su influjo á través de los idiomas, que está fuera del carácter de esta obra, hacen á nuestro propósito las siguientes indicaciones: 1.º La *cantidad* y el llamado vulgarmente *acento* son cómo la *base* y la *altura* del edificio de cada palabra, los cuales constituyen la *individuación fonética* del vocablo. En este sentido acento y cantidad

tienen indiscutiblemente la misma razón genética é idéntica naturaleza glotológica. Por esto, aunque el acento pueda ser rítmico y musical, que es una de las varias manifestaciones del mismo, su carácter lingüístico está en ser elemento *diacrítico*, ya morfológico, ya sintáctico de la palabra en relación con la cantidad, ó sea elemento *intelectual* antes que factor estético del lenguaje, siquiera ambos aspectos puedan reunirse en un material fonético dado, y aun completarse para la realización del fin puramente gramatical señalado. Con el fonema *silábico*, capaz de constituir *unidad natural* del lenguaje, dadas las condiciones significativa y de independencia relativa de la palabra, comienzan las funciones del acento, «que marca (dice Benloew) la acción ejercida por la inteligencia del hombre en las voces, de tal forma, que á medida que comienzan á acentuarse, puede decirse comienzan como á tener conciencia de sí mismas.» 2.º Cuando por efecto de una derivación, ó de una composición ó de otro *alargamiento fonético* cualquiera, un fonema monosilábico se hace polisilábico, las partes que constituyen la nueva forma sufren generalmente una atenuación ó en su conjunto ó en alguno de dichos constitutivos; de suerte que la suma del valor fonético del conjunto es inferior á la que resulta del valor fonético de cada constitutivo tomado aisladamente. En este caso disminuye la *cantidad* en alguno de los elementos de la nueva palabra, significándose la acción del *acento*, cuya función entonces es crear una sílaba dominante entre las demás, y ligarlas á ésta lo más íntimamente posible, á expensas de su *duración*, hasta el punto de hacerlas desaparecer frecuentemente sin conservar de ellas más que algunos elementos que hace entrar en la sílaba principal. Así, en una palabra bisílaba, el acento que carga sobre la segunda sílaba, aligera la cantidad de la primera y facilita con la rapidez de su pronunciación, su más íntimo enlace con la sílaba acentuada; dígase lo mismo de la segunda sílaba si el acento recae sobre la primera, y así en las voces polisilábicas en general. 3.º El acento, tomado en la acepción común, puede, según esto, no coincidir con la *cantidad*, estableciéndose lucha entre ambos factores siempre que la cantidad y el acento en una palabra no se reúnen en una misma sílaba, y mientras por el dominio de uno de aquellos no se establezca la unidad.

4.º El acento y la cantidad son elementos primitivos de la palabra, sin que ninguno de ellos pueda decirse creador del otro; en las *derivaciones* y *composiciones* verbales puede el acento ser conservador de la cantidad primitiva de la palabra principal que entra en composición ó recibe nueva forma, siempre que dicho acento se mantenga sobre aquella palabra, pero sin que pueda decirse por ello creador de la cantidad en caso alguno. Por eso al lado de una sílaba *larga* acentuada, v. gr., en *ποιμήν*, encontramos esa misma sílaba acentuada convertida en *breve* en el decurso de sus formas declinables: *ποιμένος* (no *ποιμήνος*), *ποιμένι*, *ποιμένα*, etc. 5.º El *acento* unido á la *cantidad*, y sobre todo en cuanto ha conseguido dominarla, ha alcanzado una múltiple representación significativa: *a)* en cuanto principio de la *individualidad* de la palabra acentuada; *b)* en cuanto indicio el elemento principal de *individuación fonética* en las palabras compuestas, restando al mismo tiempo, según queda indicado, la autonomía fonética de los elementos secundarios componentes; *c)* en cuanto signo distintivo de voces al parecer idénticas, de las mismas sílabas y reducidas por analogía á la misma desinencia, que el acento nos hace separar convenientemente; *d)* en cuanto nota de los elementos reunidos por síntesis en una palabra y de la *individualidad semántica* ó significativa de ésta.

Es en este punto donde nos encontramos con la doble manifestación ariá del acento, en cuanto á lo que ha dado en llamarse significación *lógica* y significación *fonética* del mismo. El acento con carácter *fonético* revélase desde luego en las lenguas de mayor elaboración transformadora en los fonemas, v. gr., en griego y en el grupo itálico. El acento con carácter lógico, que se refiere á la idea singularmente, la cual hace resaltar con la sílaba principal, domina en otros idiomas de transparencia morfológica, p. ej., en sánscrito, donde pueden recorrer todas las sílabas de la palabra, sin subordinación á ley alguna fonética. No es, pues, solamente primitivo el acento de la raíz, como creyó Bopp, ni el de los prefijos y sufijos como pensaba Benfey, sino que uno y otro corresponden originariamente á la lengua sánscrita, y uno y otro utilizáronse para expresar la idea dominante, que ora fuese la fundamental, representada por la raíz, ora no fundamental, representada por las modificacio-

nes de ésta, pero principal en la intención del que hablase, tenía así por la intervención del acento un medio altamente significativo (1).

(1) No se excluyen, según esto, la doctrina de Bopp y de Benfey, sino que vienen á completarse. Weil, Benloew y Schöl han sostenido que el acento sánscrito recae en el *último determinante*, ó sea en los elementos extraños á la raíz; y que consiguientemente en dicha lengua el acento se ajusta á la ley de la imaginación reflejando la última impresión de los sentidos, á la inversa del acento germánico que refleja el análisis y la distinción de lo sustancial y accidental en el discurso. Distinción es ésta no sostenible; si hay alguna ventaja en punto á libertad y significación *sintáctica* del acento, está sin duda en favor del sánscrito. (Cf. Corssen, *Ueber aussprache, vokalismus und betnung der latein. Sprache*; Boudry, *Gramm. comparée des lang. class.*, Misteli, *Ueber griechische betnung*, etc. Pezzi, *Glottologia aria recentissima*, y otros).

En conclusión diremos, que en sánscrito el acento está ordenado á señalar la idea dominante como en alemán se conserva, y es del todo independiente de la cantidad; en griego la cantidad influye en el acento y lo detiene en ciertos límites, pero no le domina en absoluto, y aun es desigual su influjo según los dialectos; el dórico se asemeja al sánscrito en poder acentuar los *oxítonos*, y el eólico, como el latín, evita el acento en la última sílaba; en latín el acento aparece dominado por la cantidad, y el lugar que ocupa depende de las vocales *largas ó breves*; si bien quedan vestigios en la antigua acentuación latina de independencia análoga á la griega y sánscrita; así, no faltan ejemplos de *proparoxítonos* (*Samnium*, es derivación de *Sabinium*), de *oxítonos* (*sum, nunc, deus*, etc. de los oxit. *esúm, edéns enóm*, etc.), de palabras acentuadas en la antepenúltima á pesar de ser larga la penúltima (*pejero, cognitum, victrix*, etc.) de los primitivos *pérjuro, cógnatum, victorix* etc.). Las tendencias de la acentuación y el carácter de concentración propio de la lengua latina, impusieron luego (á expensas de la cantidad y de la integridad fonética de las palabras) las asimilaciones, las contracciones, elipsis, etc., generalizándose después las *licencias poéticas* hasta convertirse las reglas de la cantidad en cosa convencional. Los poetas comienzan desde el tiempo de Augusto á hacer coincidir el tiempo fuerte y el acento, se prescinde de las sílabas largas por posición, acentúanse las breves, y cuéntanse por esto como largas (advértese también en algunos himnos de San Ambrosio), se sostiene que la distinción de sílabas largas y breves no se nota al oído, y se escriben versos, como los de Comodiano, con una prosodia acomodaticia y sin tomar en cuenta la cantidad, hasta que el número de *sílabas* sustituye al número de *pies* definitivamente, ó se identifica el pie y la sílaba como medida numérica. (Con relación á

Cuál de los dos acentos, el *fonético* ó el *lógico* sea más antiguo, es fácil de determinar, dado el carácter de uno y otro. El acento lógico corresponde á una época en que la transparencia del lenguaje dejaba ver aún los varios elementos significativos que se reunían en cada vocablo para constituir la palabra, á la manera que sucede en las lenguas aglutinantes; pues ya sea verdadera la teoría de las *fases* para la formación del lenguaje, ya deje de serlo, es innegable el hecho de una condensación, por decirlo así, sucesiva en los idiomas indo-

esto merece ser leída en los *Epitomae* del gramático Virgilio, sig. VI, su *Epitoma de metris*, objeto de eruditos estudios. (Cf. Lejay, *Le gramm. Virgile et les rythmes latins*; Stowasser, *Die vierzehnte Epitoma des Grammatikers V. M.* Sobre la evolución métrica neolatina, v. Ebert, *Allgemeine. Gesch. d. Literatur des Mittelalters*, y Ramorino, *La pronunzia popolare dei versi quantitativi nei bassi tempi*, etc.) Es de notar que la escuela de Bentley, á quien se asocia Hermann, ha intentado explicar los versos de los cómicos latinos, no por la cantidad, sino por el acento; procedimiento combatido enérgicamente por Weil y Benloew, así como no ha tenido seguidores la creencia de Ritschl, de que los poetas latinos se habian esforzado en tomar en cuenta el acento, por coincidencias que se advierten.

Pospuesto el carácter *rítmico* de las voces primitivas (independiente en absoluto de todo ritmo silábico que nosotros podemos establecer), cuyos vestigios el sánscrito, el griego y el latín conservaron algún tiempo (H. Moeller explica en el *Zeitschrift für deutsche Philologie*, t. XXV, el primitivo carácter musical de las vocales *e, o, a*) fué dueño el acento de la individuación de la palabra, ofreciéndonos aun en sánscrito bajo el tipo *lógico*, y recordando así la forma de composición y el elemento principal en la misma; fundidos más y más los componentes, olvidóse la multiplicidad de ellos en la palabra, y de esta suerte desapareció también la importancia lógica del acento, reemplazada por una equivalencia fonética, que se sostuvo, en griego y en latín, en lucha con la *cantidad*, hasta su triunfo definitivo en las lenguas romanas, cuyo centro de formación de voces, como dice Diez en su *Gramática*, está en el acento tónico, y es el eje alrededor del cual se mueven.

Refiriéndonos, pues, al acento fonético, puede decirse que en los idiomas romances, *perdió la cantidad, se conservó el acento*, porque éste, en efecto, ocupa el primer lugar filológica y fonéticamente en dichas lenguas; mas con relación al acento *rítmico*, debe decirse á la inversa, que *perdió el acento se conservó la cantidad*, pues ésta existe en nuestras lenguas y aquél no, siquiera podamos ajustarnos al *acento oratorio* ó proporcionarnos una armonía verbal y silábica, en el cual sentido toda lengua es harmónica y de suyo musical.